

# La borradura de las mujeres

**MICHÈLE RAMOND**

*Université Paris 8*

• De qué forma y obedeciendo a qué ritos puede la mujer que escribe responder a la violencia que le hace la sociedad? Algunos dicen que empuñando la pluma la mujer ya se sale del estricto marco que le imparten su género y su sexo. Que hacerse con la pluma, el cálamo, la caña para escribir, inscribir, más o menos es tomar la vara de mando del legislador. Transgredir con un gesto entre lúbrico o procaz y competidor el territorio que al cuerpo de una le está asignado, lo cual equivale a una sublevación del alma o del espíritu contra la ley de la naturaleza que para muchos es también ley divina. Conforme a la mujer se le hace posible acceder a la cultura y por tanto a la lectura, su relación con el escrito sin embargo tiende a domesticarse. La imagen de la lectora y la imagen de la lectura se superponen en nuestra mente hechizada por las fantasías pictóricas y los mitos de los grandes Maestros. El libro o la carta leída, en las manos de la estudiosa o amorosa se convierte en una materia polimorfa, de gran ductilidad. El varón quien se supone escribió el libro o la carta se encuentra mecido en el regazo de la dulce contempladora, ocupando él bajo la sonrisa o la mirada de soslayo de la bonita y sumisa lectora el lugar ambiguo del amante y del hijo, del hijo amante que nunca dejó de ser o de pensarse o de soñarse.

El libro y la carta son el Hijo con todo su glorioso y divino esplendor, una pieza única que concentra en sí todo el poder adquisitivo y de seducción del objeto más preciado desde la más remota antigüedad, desde que fueron destronadas las arcaicas diosas madres sumerias hace cuatro o cinco milenios, antes de que se viniera imponiendo el orden patriarcal que conocemos y que se impuso con irrefutable rigor en los tres monoteísmos. El contemplado objeto, con tanta aplicación y dedicación descifrado, es metáfora fálica con amplio espectro semántico, tan amplio que se merece la zozobra turbadora de la lectora. Turbadora porque a su vez nos conmueve, colocándonos en un mismo espacio emocionante de sumisión y adoración. La turbadora postura inmortaliza a la mujer contempladora del símbolo supremo que como madre lleva en su seno, que como esposa recibe en su cuerpo, que como discípula alberga en su mente, que como sacerdotisa protege y adora, que como profetisa deja que hable por su boca. Al menos podrá la doncella o señora contestar la carta o consignar en una libreta las suaves o extrañas sensaciones que la lectura del talismán le procurara. Responder a la llamada, al llamamiento o a las sugerencias del talismán es todavía mantenerse en el área de su influjo y dominio.

La escritura (cartas o diarios) es un responso de la lectora conmocionada al cuerpo a la vez vivo y difunto, manifiesto y espiritual o inconcreto del Dios. El homenaje a « Phallos » no está

desprovisto de erotismo ni de misticismo. Ni de gracia. Esto explica que la mujer que escribe cartas, incluso epistológrafa si ha escrito cartas notables reunidas en epistolarios, es el caso de Madame de Sévigné, se haya convertido en una figura permitida o sacra como Catalina de Siena cuya correspondencia figura entre las obras maestras de la literatura italiana, o Sor Juana Inés de la Cruz. La carta leída a la que responden las cartas escritas constituyen un conjunto sagrado, erótico y místico conjuntamente, falocentrado, consagrado, de fabulosa luminiscencia. El diario íntimo en que se abisma nocturnamente la joven romántica o la señora melancólica, más que nada la niña y la doncella letradas con prurito literario, es una prolongación de la actividad epistolar. Este estilo confesante confirma que a falta de destinatario real una se dirige al gran otro o a su propio yo desdoblado en confesor. La hoja en blanco del litúrgico y litigioso cuaderno donde una consigna para « nadie » sus emociones, sueños y ambiciones reemplaza elocuentemente el objeto adorado – contemplado por la lectora en su nimbo de apostólica claridad. El cuaderno escrito a ocultas donde se murmuran los secretos del alma y del cuerpo podrá ser luego leído y contemplado por aquella que lo soñó, destinándolo a aquella figura extraña, ausente, enajenante con la que se fundió en un acto de desvarío y exaltación o arrobamiento o rapto nupcial. Así como el objeto-fetichismo es para el hijo, que eternamente sigue siendo todo varón, el falo de la madre, la carta o el diario íntimo ocupa para la mujer que lo escribe el mismo divino lugar que la carta o el libro leído, simbólicamente mecido entre las manos o en el regazo de la atenta, escrupulosa, piadosa lectora : ni más ni menos que el sacro atributo del divino padre, humanamente accesible bajo la forma soñada de hijo de Dios, de divino infante o de confesor e interlocutor, vicario de Dios.

Es innegable que esta búsqueda de interlocutor divino o de Hijo sublime presente-ausente irradiando en la carta o en el diario íntimo que se escribe, o en la carta (y en el libro) que se lee al cobijo de la mirada inclinada, vencida, supone un estadio idílico de la relación de la mujer con la escritura. La mujer escritora, envés activo de la mujer lectora, responde a una fantasía secular que la sitúa frente al espejo de la maternidad. En este espejo (carta, libro) la mujer escribiente no contempla a su propia imagen, al contrario se absorbe en la luz, en las reverberaciones del dios que la carta y el libro íntimamente y para ella sola descomponen en multitud de reflejos. Cautiva del dios, la mujer es matriz especular de « Phallos », confundiendo con la sacra misión de servidora, sirvienta del Señor. El libro y la carta leídos o escritos en el secreto de la habitación-tabernáculo de la mujer le presentan sublimemente el fruto divino de sus entrañas y ella en aquel fruto se complace, se ausenta y se borra. Las delicias de esta ligereza y de esta borradura son delicias espirituales que a las más favorecidas, las que recibieron cultura, les hicieron olvidar su borradura social.

No pasa así cuando Febe (la brillante) despierta de su sueño especular altruista. Sabemos, porque tanto nos lo han contado los trágicos griegos (Esquilo, Eurípides), el poeta Hesíodo en su *Teogonía* y las sabias como Françoise Gange, Nicole Loraux, Marie Delcourt, etc., que el don de palabra y de predicción fue antaño, en tiempos muy remotos, privilegio exclusivo de la Tierra y de las diosas madres. Este antiguo poder oracular de signo femenino no consistía

en transmitir el mensaje de dioses varones omnipotentes, sino en ser diosas verbales que proferían directamente, con propia inventiva, los secretos de la tierra y de la vida, anunciando y haciendo la historia del mundo. Sabemos que este don verbal que, prediciendo, construía el futuro le fue a Febe, hija de la Tierra, robado por Apolo quien se posesionó del oráculo de Delfos. El mito de las diosas verbales, madres de la creación y dueñas del porvenir y de la Historia, anteriores a la cultura patriarcal que por violencia expolia los territorios femeninos, explotando lo que originalmente fue prerrogativa de las Madres y de sus sucesoras las Hijas, corresponde a los más antiguos escritos de la humanidad, hace cuatro o cinco mil años en las tierras del creciente fértil, del Tigris y del Éufrates, actualmente bombardeadas y exterminadas con sus habitantes y sus secretos arqueológicos. Así es como la Historia de nuestras sociedades contemporáneas corre el riesgo de perder, más definitivamente aún, sus fuentes maternas por culpa de integristas monoteístas (es decir masculinos) adversos que de todas formas, incluso combatiéndose, buscan y consienten el sacrificio continuado de los valores femeninos, su único pero despreciado y desbaratado antídoto.

Al ser tan antiguamente derrotado y sepultado el poder de las diosas, sus liturgias, los ritos por ellas inspirados, sus templos y sus sacerdotisas, sus principios morales y religiosos padecieron un mismo raptó y nos acostumbramos, conforme pasaron los años y los siglos, a un concepto varonil de la divinidad, sea judaico, cristiano o islámico, y al furor guerrero de sus leyes, sus ritos y sus imprecaciones. La pérdida de toda representación femenina de lo divino en las tres religiones que hoy se reparten el mundo se acompaña con la borradora social de la mujer. Y cuando invaden las religiones el campo político mundial hasta los nefastos extremos que conocemos y lamentamos, entre otros desastres se impone éste : que las mujeres van teniendo, incluso en nuestras democracias occidentales, cada día menos prestigio y menos libertades. Y para más desgracia llegó su avasallamiento hasta tal punto que ni se dan cuenta las mujeres de lo que están perdiendo y de lo que les está amenazando en un mundo donde dejar de luchar equivale, para ellas, a ser las olvidadas de todo sistema social y político. Porque no todos los gobernantes son Zapateros prodigiosos y el poder económico, ideológico y político máximamente está, bien se sabe, ejercido por los varones.

Tan remota expoliación de las mujeres, privadas de su originaria relación con lo divino y con lo sacro, tiene consecuencias terribles, prejuicios y perjuicios profundamente enraizados en el pensamiento y en la lengua, en los sistemas filosóficos, como el de Aristóteles, que gozan de más prestigio e influencia. Y cuanto más volvemos, con el propósito de reaccionar, contra la crisis actual de los valores, a los principios morales y religiosos de nuestros monoteísmos, más nos hundimos en un mundo inhumano, enucleado de sus fuentes e inspiraciones femeninas. Lo más atroz es considerar el protagonismo a veces muy activo, en este campo del desprestigio sufrido por la mujer, de las mismas mujeres, tan avasalladas que ni se dan cuenta de que ellas abogan a favor de un mundo falocentrado que les es contrario y que las priva de sus derechos humanos y de sus legítimas ambiciones en el campo social y cultural.

En este contexto nacional y mundial se acabó el dulce consuelo de la carta o el libro íntimamente compartido donde una recibe por refracción la luz o la imagen del divino

rostro que la nimba, concediéndole el ocasional poder de pensar, soñar, escribir. La famosa búsqueda de interlocutor (en su sentido de interlocutor varonil) que sigue siendo, hasta sus últimas producciones, metáfora característica de una de las más brillantes mujeres de letras del siglo XX, Carmen Martín Gaité, ya no puede seducirnos tanto. El misterioso visitante, confesor o psicoanalista o « partenaire » erotizado a la escucha, ya no puede servir de incitador para la mujer narradora que antes escribiera bajo su influencia. Esta feliz triangulación, por así decir edípica, en que una figura femenina escribiente va unida conjuntamente con una instancia masculina incitadora y un libro-espejo en devenir, está ya imposibilitada o gripada por el desastre social mundial y la conciencia persecutoria que de este contexto a diario tomamos. Para dar sólo un ejemplo pensemos en *Bella y oscura* de Rosa Montero (1993) donde la niña protagonista y futura narradora, Baba, espera durante treinta capítulos el regreso de Máximo, su padre, para celebrar, en el instante final de su reaparición, su fulgurante y definitiva desaparición. Con este horizonte aparentemente apoteótico el libro inicia una potencia femenina recuperada cuyo fundamento sería la desaparición del Dios-padre. Por algo será si el libro se abre con la figura de la portentosa abuela doña Bárbara quien restaura la gran figura mítica de la diosa madre adivina cuyo verbo creó, hace más de cinco mil años, el mundo.

Otro tal consigue la protagonista narradora Marina Ulibi Cano de *Sangre* (Mercedes Abad, 2000). Atrevidamente se las ingenia para remontar el curso de la Historia a expensas suyas hasta el 1° de octubre de 1936 en Burgos donde provoca, habiendo regresado al cuerpo infante de su propia madre, la muerte del General Francisco Franco, arrebatando con este bélico complot más de medio siglo de Historia nacional y mundial y gestionando la remodelación del mundo actual. La autoborradora de la figura autora y actriz de semejante « desastre » corona el edificio. Pero en el momento en que reanudamos con el viejo mito de la Hija inmolada (Ifigenia, Antígona, la hija de Jefe) se invierte nuestro rancio y gastado, nuestro perverso sistema ideológico masculino. Cierto es que muere una figura de Hija, pero no por decreto paterno, muere para eliminar una figura sumamente representativa del opresivo y totalitario patriarcado. Y esta consentida borradora se realiza en beneficio de la propia madre, diosa-madre del sistema socio-histórico que se inaugura, haciendo mofa en particular del monoteísmo judaico y cristiano, de los santos mandamientos, de los terroríficos preceptos del *Levítico* y del *Deuteronomio* y, de modo general, de las Sacras Escrituras que llevan el sello inconfundible de un Dios masculino opresor, origen de un furioso binarismo y maniqueísmo : Dios de Moisés y de los Libros Sapienciales, quien persigue a la Humanidad a través de tantas formas de dictaduras y de imperativos filosóficos y morales que favorecen, consolidan y finalmente explican (justificándola) la dominación masculina. Lejos estamos del retirado soliloquio en compañía de la carta y del libro, del rostro iluminado por un Dios invisible, de la sumisa y sumergida lectora, inmersa en la corriente de una literatura que la arrebató y extasía porque entre sus líneas contempla el fascinante reflejo del « Fascinus », el cetro del dominador, su concepto, su « modus vivendi et penetrandi et pensandi », su sexo mental o simbólico hecho lenguaje, argumentaciones, metáforas y ensoñación : forma de pensar, de ser y de imponer el ser.

Las sucesivas y contradictorias leyendas sobre la o las Gorgona(s) (del griego « gorgo », la terrible) a pesar de sus muchas variantes representan, bajo formas femeninas apenas reconocibles por su monstruosidad, las peores depravaciones y perversiones como son las sexuales (Euriale), las sociales (Steno) y las espirituales (Medusa). Degollada por Perseo la más conocida y la única mortal, Medusa, reducida a su « caput horribilis » con cabellera de serpientes, colmillos de jabalí y ojos centelleantes sirve de ornamento terrorífico para la égida de Minerva-Atenea que así paraliza los ejércitos enemigos. Sin embargo, en el momento de su degollación, Medusa da a luz a Pegaso, el caballo alado de la poesía, y a Crisaor, « el hombre de la espada de oro ». Es llamativo que precisamente sea la diosa griega de la sabiduría, hija de Zeus y según su nombre « privada de leche materna », ya que directamente nacida del « caput » del Dios-Rey-Padre, la que se ornamenta con la terrible cabeza donde se ilustra, según los mitólogos, la perversión de la mente, sus excesos vanidosos. Sabemos por Nicole Loraux y sus sabios estudios que la Diosa nacida por partenogénesis paterna, sin el concurso de ningún elemento femenino, es la que dio su nombre a la ciudad de Atenas a cambio de lo cual las mujeres atenienses fueron privadas del derecho de ciudadanía y de los atributos de ciudadanas. Excluidas de la vida pública y de la « polis », las mujeres atenienses ganaron a una diosa protectora que de poco les valió porque la contrapartida de esta elección fue un estatuto social sin prestigio ni poder en una sociedad claramente patriarcal y falocentrada donde el amor platónico (la filosófica pederastia) prevalecía sobre el amor a la mujer y su culto erótico. Que la égida de Atenea, la piel de la cabra Amaltea que amamantara al Dios supremo Zeus, padre de Minerva, se ornamenta con la cabeza degollada de Medusa, realzando y sellando el prestigio mental a la vez que bélico de la Diosa de la sabiduría, no puede sino hundirnos en la máxima perplejidad. Atenea sin madre nacida, privada de leche materna y objeto de un culto varonil, protectora finalmente de los ciudadanos de Atenas con exclusión de las mujeres de la « civitas », es el exacto prototipo o modelo emblemático, exaltante por su potestad, de la Hija adicta al padre y a su reino y por ende enemiga de la madre para los griegos siempre un poco Clitemnestra. Recuerdo el libro de Séverine Auffret, *Nous, Clytemnestre* (Des femmes, 1984), que nos ofrece otra visión de esta heroína griega tan calumniada, víctima, si bien se mira, de un infanticidio y de un matricidio, el asesinato de la madre siguiendo naturalmente el sacrificio de su Hija bienquista, Ifigenia.

Si remontamos de la modernidad a la antigüedad, bien vemos dónde toma su nacimiento el sufrimiento femenino : en la supuesta (legendaria) monstruosidad de la mujer, de sus disposiciones y de sus atributos, visión horrenda que le da argumentos al poder masculino para apartar a la mujer de sus sacras áreas y de sus santas aras que, de esta forma, la impura sangre femenina no podrá profanar. Excluida de la « civitas » y de la « polis », es de por sí natural que la mujer lo sea también del Templo. Guerreramente protegida con los despojos de la que bien podemos considerar como su abuela paterna, resguardada tras esta égida que ornamenta para más opción defensiva la famosa cabeza de Medusa, aquella criatura primitiva pre-olímpica que no podemos sino relacionar con el sexo todopoderoso y codiciado de la Tierra-madre de donde procede la potencia vital, Atenea se presenta a sus fieles y adoradores como el emblema de la adhesión de las Hijas al poderío y a la ideología

del Dios-padre, precursor del Dios único varonil de los actuales tres monoteísmos. La zoomorfía de la cabruna abuela complementa la horrificada cabeza, apenas de diseño humano, de la calumniada Gorgona. Pellejo y cabeza **son** de la destronada Diosa-madre originaria, a propósito desfigurada y desestimada por los Hijos en tropel, todos oscurantistas e impíos, desagradecidos. El matricidio que precede y explica el reino patriarcal se acompaña con la desfiguración de las Madres vueltas monstruos horrendos. En realidad el deseo edípico de los hijos como tal es un cuento casi romántico que sirve a enmascarar el sacro terror que inspiran las Madres. Terribles en efecto son las Madres también por la seducción que ejercen sobre sus Hijos. Es razonable por lo tanto apartarse lo antes posible, antes de la pubertad, de ellas para sustraerse tempranamente al nefasto poder sexual que ejercen, el único por lo visto que les queda.

La salvedad sería para nosotras adormecer nuestro rencor por semejante matricidio, contemplando la belleza sin par de la amorosa Diosa Venus-Afroditas, la que al nacer de la espuma marina trajo consigo la sonrisa, haciendo crecer césped y flores por donde pisaba. La sonriente diosa « Filommedes », de hermosos muslos, tal vez nos sirva de consuelo ante la derrota tan absoluta del principio femenino y materno en el mundo. Pero ahí también reside alguna superchería. Porque si bien miramos las cosas (o sea los textos, de Hesíodo en particular, su *Teogonía*) tanta belleza y poder seductivo los debe Afroditas a sus dos padres, Uranos-Coelos, el cielo estrellado, y Pontos, el mar, masculino en griego. De dos espumas varoniles nace la diosa en quien se exalta la mayor virtud femenina, su innegable y legendario poder de seducción sobre el sexo fuerte. Criatura de Coelos y Pontos, Afroditas la bienquista se mantiene fiel al orden patriarcal, el cual sacia en la diosa su apetito de potencia uterina, único poder al que todavía el varón sólo accede en sus sueños y fantasías. El sueño ginofílico del Padre se ilustra pues en la diosa del amor y la belleza quien, con su venusino y consagrado espejo, nos ofrece no tanto su propia y tierna imagen conmovedora como la imagen del Dios pancreator de cuya simiente procede, Padre-Genitrix que también vemos triunfar en el dogma de la Santa Trinidad y sus figuraciones, alojándose el Hijo, con la paloma, en el ambiguo regazo del Padre, sospechoso y soberbio engaste que hace caso omiso de la Virgen María y de sus santas, fructíferas entrañas.

Si la mujer que lee y la Virgen de la Anunciación son en realidad una misma figura envolvente quien circunda un espejo donde se contempla y reproduce un principio divino masculino y todopoderoso, esta exaltante resplandecencia difícilmente se puede perpetuar en un mundo global que asienta y asocia, cada día con más evidencia, estas tres formas de poder que son el económico (o financiero), el masculino (sexual y político) y el religioso.

La mujer escritora hoy en día, ante la hoja en blanco que por suerte sigue ejerciendo sobre ella una misma (aunque distinta) fascinación, sufre un doble dolor. Las hijas que no dejamos de ser no pueden celebrar como antaño sus nupcias (simbólicas) con el padre a quien la escritura busca desesperadamente sin consentir el escándalo de la dictadura masculina global que niega la igualdad entre hombre y mujer con más o menos hipocresía en todos los sectores de la vida social. Este dolor fundamental se acompaña con otro no menos intenso

y tal vez más profundo y visceral : las hijas que somos, en un mundo donde lo masculino goza de tan indiscutida preeminencia, dudamos que nuestras madres nos hayan amado de verdad, y también nos tortura la idea que no las hayamos amado a la altura del regalo de vida que nos hicieron. El sacrificio de su vida que Marina Ulibi Cano le consiente a su madre es, al respecto, muy elocuente. La madre tan criticada por la hija, y tan enemiga de la hija, en un principio, al final termina tan idealizada que provoca la inmolación de Marina. El último capítulo, « La inmolada », corona un edificio sublimatorio que no encuentra otra salida literaria y moral para combatir la dictadura monoteísta mundial, representada por Francisco Franco, que el consentido sacrificio de una misma en aras de la fidelidad a la madre y de este arrebatador amor que nos une a ella. Escribir, entonces, supone una violencia amorosa sin par, equivale a dar su propia vida por amor a la madre divinizada, queriendo retornar a los tiempos remotos en que las divinidades eran femeninas como el verbo y la potencia oracular.

El ansia femenina de unión mística con el padre nos aproxima a otro dolor : el del desencuentro amoroso. Emblemática es la larga y exasperada espera de Baba quien, en el antepenúltimo capítulo, medio adormilada, sentada en el reborde áspero de la fuente y deslumbrada de luz, como en una temprana escena de Anunciación (una Anunciación a una Virgen niña impúber), ve subir hacia ella, desde el final de la calle, envuelto en un color azulado y brumoso y una rara calma, un hombre grande, grande y azul, con sus pisadas lentas, seguras, que resonaban como los latidos de un corazón. Cuando entró el hombre en la zona del sol, porque hasta ahora caminaba por el lado en sombra de la calle, la luz cayó como una catarata sobre sus hombros haciendo que se volviera visible y reconocible, « un hombre alto y delgado, de hombros anchos, brazos y piernas largos, huesos grandes. Y sus ojos : profundos y tranquilos, y siempre mirándome. » Sin necesidad de luchar la hija con el Ángel, llega, frente a Baba, Máximo, el dios padre, y se detiene, dobla la cintura y se inclina hacia Baba-Jacoba, con sus ojos dulces y por supuesto azules, la reconoce y la nombra dándole por fin su nombre, creándola « Baba » y marcándola con el dedo índice que en un roce suave pasa por su mejilla. La hija con quien se identifica el sujeto de escritura sacia un viejo sueño de encuentro místico con el padre de donde procede la fe creadora. Aquel encuentro maravilloso y milagroso fue infinitamente retardado por una sociedad que le niega a la mujer este prodigio, una sociedad cuya metáfora novelesca es el « Barrio » dominado y destruido por el poder masculino, monstruoso y asesino : Segundo, el tío, el Buga, el Portugués, el Hombre Tiburón, el Martillo son fuerzas en alianza que acaban destruyendo la familia arcaica cuya diosa, en sus principios, era la Abuela, doña Bárbara. La destrucción de la armonía originaria empieza remotamente con el asesinato, en un incendio provocado por Segundo, de la madre de Baba y se prolonga con otro matricidio : el segundo incendio que causa el lento decaimiento y la agonía de la espléndida antepasada. Esto significa que en un mundo llevado a su ruina por un poder masculino desatinado e incontrolable, sin ningún tipo de auto-contención porque el progreso técnico y los imperativos económicos aparentemente lo justifican y lo hacen inevitable, el trance metafísico que antiguamente el padre le comunicara a la hija se le hace moralmente imposible a menos de que ella colabore

con el poder o consienta concesiones. Reanudar con el espejo de los viejos tiempos y sus dones sacros de reverberación exige, si se hace sin compromiso con el poder masculino destructor, un gran esfuerzo de concentración espiritual. El reencuentro salvador con el padre se consigue por una lucha día a día contra las fuerzas oscurantistas del Barrio : es una forma de ascetismo. Si, por fin, por una brecha metafísica se cuele la figura redentora, el milagro es efímero, Máximo prontamente se abisma como Lucifer en las tinieblas de este poder masculino al que jamás dejó de pertenecer, como su hermano Segundo, incendiario y matricida, como el Portugués, como el Hombre Tiburón. Mantener la ilusión que nos une amorosamente con la mítica figura del padre es para nosotras, las hijas, el único método para soportar todavía la vida, es decir para tener esperanza de que algún día, mediante nuestros trabajos de Sísifo, nuestras convicciones y nuestras escrituras, podamos inventar (o reinventar) un mundo realmente heterosexual, en el sentido absoluto, de progreso y de amor compartidos, de esta palabra actualmente, en el contexto social y mundial, desprovista de real sentido e interés.